

Conferencia de Alto Nivel de los Países de Renta Media

San José, Costa Rica, 12 de junio de 2013

Palabras del Dr. Kevin Casas Zamora
Secretario de Asuntos Políticos de la OEA

Amigas y amigos:

Empiezo por saludar a la Presidenta Laura Chinchilla y a los demás representantes del gobierno de Costa Rica; a los delegados de los más de 60 países representados en esta reunión y a los representantes de misiones diplomáticas y organismos internacionales.

Quiero agradecer a los organizadores de este evento, el Gobierno de Costa Rica y la Organización de Naciones Unidas para el Desarrollo Industrial (ONUDI), no solo por la amable invitación para estar aquí sino también por la oportunidad de reflexionar sobre temas cruciales para el mundo. Ninguno es más crucial que el desarrollo, entendido no tanto como crecimiento económico, sino como expansión de la libertad, como expansión de las oportunidades efectivamente disfrutadas por las personas para escoger la vida que estiman valiosa, como desde hace muchos años nos ha dicho el filósofo y Premio Nobel de Economía, Amartya Sen.

No voy a hacer aquí una gran disquisición sobre todo lo que implica ser un país de renta media o una revisión detallada del comportamiento de los flujos de cooperación al desarrollo y sus efectos. Para eso hay otra gente que sabe mucho más que yo, como la que me ha precedido en el uso de la palabra.

Lo que voy a tratar de hacer es una reflexión general y un tanto provocativa sobre tres aspectos de esta discusión que presumo que nos conviene no perder de vista. El primero es sobre lo que ha cambiado últimamente en el debate sobre el desarrollo. El segundo es sobre el que creo es el reto fundamental de los países de renta media. El tercero es sobre cuál es la ayuda que realmente necesitan los países de renta media, la ayuda que pueden demandar de los demás y la que pueden darse a sí mismos.

No van a encontrar en lo que sigue grandes conclusiones, sino tan solo algunas intuiciones sobre lo que está pasando en el mundo y algunas preguntas que siento que vale la pena discutir.

Primero: ¿Qué ha cambiado en la discusión sobre el desarrollo?

En marzo del año 2007 participé, en representación del gobierno de Costa Rica, en una reunión similar a esta en Madrid. Esta reunión, de hecho, figura entre los antecedentes del evento que hoy nos congrega. Tengo dos recuerdos de esa discusión. Por un lado, había una gran preocupación por el comportamiento de los flujos de cooperación hacia los países de renta media, que se estaban “secando”. Por otro lado, había una suposición no explicitada de que cuando se trataba de la economía mundial y, en particular, de las discusiones sobre el desarrollo, los países desarrollados tenían la sartén por el mango, pues disfrutaban de una

posición muy dominante en la economía mundial. Se trataba, por ello, de diseñar un conjunto de argumentos para que los países desarrollados, desde una posición de indiscutible superioridad, no abandonaran a su suerte a los países de renta media.

Se habló mucho entonces de estos datos que bien conocemos, según los que el 65% de los pobres del mundo viven en los países de renta media; se dijo que el nivel de ingreso sólo cuenta parte de la historia porque los países de renta media albergan grandes problemas de desigualdad, y que eso justifica mantener la cooperación; se insistió en que era injusto e irresponsable penalizar el éxito de estos países en dejar atrás su condición de países pobres. Cada uno de estos argumentos, como es natural, tenía y tiene una serie de contra-argumentos, pero lo que me interesa es destacar el tono y el objetivo de la discusión de entonces.

¿Qué pasó desde entonces? Pasó que ocurrió la Gran Recesión. ¿Qué cambió con ello? La respuesta no es sencilla, pero si yo fuera a identificar cuál es la tendencia más notable en la discusión sobre el desarrollo en este momento, diría que es la certeza de que en el futuro va a resultar mucho más difícil para los países ricos imponer los términos de la discusión y de la agenda de desarrollo. Ya no tienen la sartén por el mango, o por lo menos no del mismo modo que hace seis años.

Ello, por al menos cuatro razones. La primera es bastante obvia y tiene que ver con el creciente poder y confianza de los países en vías de desarrollo, o al menos de algunos países muy importantes de renta media. El balance de poder en el mundo está experimentando un cambio brutal frente a nuestros ojos. No es simplemente que el mundo en desarrollo dice lo que piensa, como lo hemos visto en la Ronda de Doha, en Copenhagen, en Cancún. En algunos sentidos, esa capacidad ha estado ahí desde hace varias décadas. La gran diferencia ahora es que no puede ser ignorado; la gran diferencia es que el mundo en desarrollo ha llegado a ser percibido como un actor esencial, insustituible, para resolver algunos de los problemas más complejos del mundo.

Aun en términos puramente económicos, los datos hablan por sí mismos. Los BRICS (esto es Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica) representan hoy un 21% del PIB global, el triple que 15 años atrás. Desde el año 2002 hasta hoy, más de la mitad del crecimiento de la economía mundial se debió al desempeño económico de los BRICS. Uno de los síntomas más tangibles del desplazamiento de poder es que algunas grandes economías emergentes se han vuelto mucho menos dependientes de los flujos de inversión de los países desarrollados. Para quienes crecimos leyendo los textos clásicos de la Teoría de la Dependencia, en buena parte generados por científicos sociales brasileños, fue una revelación darnos cuenta, allá por el año 2008 ó 2009, que Brasil se había convertido en un inversionista neto, en parte por el desempeño de sus propias multinacionales, cuya existencia es también un notable síntoma de la transformación que estamos presenciando.

La segunda razón tiene que ver con la pérdida de credibilidad que implicó la crisis para los tomadores de decisiones económicas en el mundo desarrollado. No tengo duda de que podemos y debemos reconocer méritos importantes en lo que hicieron los Ben Bernankes y los Gordon Browns de este mundo para que la economía mundial no cayera por un precipicio, pero el hecho es que en el futuro a los países en vías de desarrollo se les hará muy difícil escuchar impasibles cualquier sermón proferido en EEUU o en Europa sobre las

reglas adecuadas para supervisar al sistema financiero o sobre la importancia de los equilibrios fiscales.

La tercera razón para la pérdida de capacidad de los países desarrollados para dictar los términos del debate, tiene que ver con la relación simbiótica que tienen con el mundo en desarrollo en algunos temas vitales. El mejor ejemplo que me viene a la mente es el de la migración. Recientemente encontré un dato revelador en un reporte del Pew Research Center sobre las tendencias demográficas en EEUU. Resulta que todo el crecimiento de la fuerza laboral norteamericana entre ahora y el año 2050 se deberá a los migrantes y sus descendientes, particularmente los migrantes provenientes de América Latina, que serán bastante más de la mitad del total. Así, pues, en una forma muy tangible, las pensiones y los servicios de bienestar futuros en los EEUU dependerán de su capacidad para atraer inmigrantes y tratarlos con dignidad, algo que, venturosamente, parece estarse entendiendo en estos días. Y si tomamos en cuenta que las tasas de natalidad de los EEUU son las más altas del mundo desarrollado, podemos imaginar que este tema es aún más perentorio en Europa. Para Europa, el tema de la migración es un desafío existencial cuya clave reside, en algunos sentidos, en el mundo en desarrollo. Y uno puede encontrar otros muchos ejemplos de dependencia mutua en desafíos como el cambio climático o el crimen organizado transnacional, que son imposibles de enfrentar sin la colaboración activa de los países en vías de desarrollo. Eso les da un poder de negociación que antes simplemente no tenían.

La cuarta razón es la crisis fiscal en los países desarrollados, que impacta directamente los flujos de Cooperación Oficial al Desarrollo y, en consecuencia, la condicionalidad que se pueda derivar de ellos. A la luz de los desafíos fiscales que hoy acosan a prácticamente la totalidad del mundo desarrollado, es obvio que la discusión sobre la cooperación al desarrollo ya no puede ser fundamentalmente sobre dinero. Esos días han quedado atrás y no volverán hasta quién sabe cuándo, y no sólo para los países de renta media.

En suma, la discusión que tenemos hoy sobre el desarrollo es distinta que seis años atrás. Es una discusión más horizontal, más respetuosa, más plural, más democrática en algún sentido. Es una conversación que reconoce que el mundo desarrollado no tiene ni el dinero para imponer un camino al desarrollo, ni el monopolio de las buenas prácticas en materia de política pública. La verdad es que no sólo la crisis no se generó, como sabemos, en el mundo en desarrollo, sino que algunas de las mejores respuestas a la crisis vinieron de los países en vías de desarrollo, en especial de los países de renta media.

La conversación sobre las políticas de desarrollo ha cambiado y, como consecuencia de ello, ha cambiado la conversación sobre la cooperación para el desarrollo, que más que la transferencia de dinero, frecuentemente cundida de condiciones, hoy tiene como eje fundamental la transferencia de conocimientos y el aprendizaje mutuo, algo que cambia bastante el esquema mental con el que habíamos venido operando desde hace mucho tiempo, del que la reunión de Madrid, según recuerdo, dio cuenta.

Mi segundo punto: ¿Cuál es el reto fundamental de los países de renta media?

Como todos sabemos, los países de renta media son extraordinariamente heterogéneos. Tomando como ejemplo la clasificación del Banco Mundial (que todos sabemos que es imperfecta), es esta una categoría que incluye a China y a la India, por un lado, y a Belice y a

Vanuatu, por otro; que alberga países con niveles de ingreso hasta doce veces superiores a los de sus pares; que incluye países en todos los continentes. Una categoría así hace muy difícil identificar retos e intereses comunes.

Pero haciendo un enorme esfuerzo de abstracción, me atrevería a decir que el reto más importante que une a todos estos países es el de sacar provecho de la globalización, de vincularse a cadenas de valor cada vez más sofisticadas, de evitar quedar en una tierra de nadie en la que no puedan competir por el costo de su mano de obra, pero tampoco puedan competir por su capacidad de innovar y por la sofisticación de los bienes y servicios que produzcan. Esa es la trampa de la renta media.

Los países de renta media tienen instituciones y sistemas productivos capaces de evitar las peores calamidades del subdesarrollo y de elevar a una parte importante de su población por encima, incluso muy por encima, del nivel de subsistencia. Pero, con pocas excepciones, no tienen instituciones y sistemas productivos capaces de generar procesos de aumento rápido y generalizado de la productividad, de generar altos niveles de investigación y desarrollo, y de dirigir una parte sustancial de su fuerza laboral a actividades intensivas en conocimiento.

Esta trampa de la renta media no es una especulación. Veamos una comparación de lo que sucedió con el ingreso per cápita en tres grupos de países entre 1980 y el año 2000. El ingreso per cápita de los países clasificados como de alto ingreso en 1980 aumentó aproximadamente un 50% en términos reales en esas dos décadas. Por su parte, en el mismo período los países más pobres vieron aumentar su ingreso per cápita en más de 160% en términos reales, en buena parte debido a la presencia de China en este grupo, algo que luego cambió porque China pasó a ser un país de renta media (y habrá que ver qué implicaciones tiene esto en el largo plazo). En cambio, el ingreso per cápita de los países de renta media creció menos de un 20% durante las décadas de 1980 y 1990, pese a que sus exportaciones al resto del mundo crecieron considerablemente durante el período. Es decir, no fue que se aislaron de la globalización. Y aún así crecieron muy poco relativamente.

Creo que si alguna región muestra elocuentemente los problemas de adaptación a la globalización que presentan los países de renta media es, justamente, América Latina, que es la clase media del mundo, si es que alguna hay. En efecto, como sabemos, el crecimiento promedio de América Latina durante las décadas de 1980 y 1990 fue, en general, muy bajo. A partir de la primera década de este siglo, ha mejorado considerablemente, a niveles cercanos al 4,5-5,0% anual, en buena parte debido al crecimiento explosivo en algunos países de las exportaciones de bienes primarios a Asia. Pero debe notarse que, aun este nivel de crecimiento, que ha sido el mejor en el último medio siglo en nuestra región, sigue siendo inferior al crecimiento de los países del Este Asiático e inferior al que muestra hoy África Sub-sahariana, compuesta casi en su totalidad por países de bajo ingreso. Para muestra les doy el dato de este año: el crecimiento proyectado para América Latina en el 2013 es levemente inferior al 4%; para África Sub-sahariana la proyección es superior al 5,5%, y para el Este Asiático es casi del 8%.

El punto es el siguiente: América Latina, la clase media del mundo, tiene un riesgo real de quedar en una zona nebulosa del desarrollo, en la que logra crecer, pero no se vincula, más que aislada y esporádicamente, a la economía del conocimiento y tampoco reduce drásticamente la brecha que le separa de los países de alto ingreso.

¿Qué hace falta para evitar la trampa de la renta media? Lo fundamental es que estos países sean capaces de aumentar su productividad e innovar. Lo primero es invertir más y mejor en educación, sobre todo invertir mejor. En las pruebas de PISA, las pruebas que comparan cohortes de estudiantes de manera estandarizada en diferentes países, a los países de América Latina les va muy mal. Entre los 74 sistemas educativos analizados en el estudio de PISA del 2009, hay 10 de América Latina. En ninguna de las categorías de la evaluación (matemática, ciencia y comprensión de lectura) hay un solo país latinoamericano que sobrepase la mitad de la tabla y casi todos están en el tercio inferior. Lo segundo es asegurar el acceso más amplio posible a las tecnologías de la información. Lo tercero es invertir mucho más en investigación y desarrollo.

Este último punto es clave y volveré a él más adelante, pero por ahora lo ilustro con algunos ejemplos cercanos. Costa Rica invierte aproximadamente 0,3% del PIB en investigación y desarrollo, por mucho la cifra más alta de América Central. Esa cifra es menos de una tercera parte que lo que invierte Brasil, que tiene el dato más alto de América Latina y que es el único país de la región que invierte más o menos un 1% del PIB. La cifra de Brasil es, sin embargo, menos de una cuarta parte de la de Israel, que invierte más del 4% del PIB en investigación y desarrollo, y que es el país que más invierte en el mundo. Ahí tenemos un problema. Les digo más. El número de patentes residentes por millón de habitantes de Guatemala es similar, hoy, al de Yemen o Zambia. Uno no necesita ser un visionario para prever los problemas que va a tener un país como Guatemala para llevarle el pulso al siglo XXI.

Ahora bien, nada de esto que hay que hacer sucederá sin reformas institucionales muy profundas y muy amplias. Estimular la innovación en cualquier país requiere de un estado muy sofisticado, capaz de planificar para el largo plazo; capaz de generar y movilizar alianzas con el sector privado y la academia; capaz de formular e implementar políticas públicas con eficiencia, con eficacia y con integridad. Aún más, todo esto requiere de un estado que sea también capaz de correr riesgos e innovar en su política pública. Aquí el ejemplo más poderoso que me viene a la mente es el de Deng Xiao Ping. Si Deng no hubiera estado dispuesto a correr el tremendo riesgo de crear las Zonas Económicas Especiales hace algo más de treinta años, China no sería lo que es hoy.

Entonces, por dos lados distintos, llegamos a la misma conclusión. Si los países de renta media no han de quedar anclados en una tierra de nadie en materia de desarrollo, si han de incorporarse plenamente a la economía del conocimiento, el reto que tienen es el de innovar. Deben innovar en los laboratorios, pero también en las oficinas públicas, lo que es mucho más fácil de hacer si los tomadores de decisión tienen así sea una vaga noción de las cosas que funcionan bien en el mundo. En esta gran tarea de innovar para avanzar, los recursos financieros de la cooperación internacional pueden ayudar a los países de renta media marginalmente. Muchísimo más importante, creo, es generar instituciones y estímulos para la transferencia, la adaptación y la generación del conocimiento y de las buenas prácticas en materia de políticas públicas.

Llego así a mi tercer punto: ¿Cuál es la cooperación que hace falta hoy, particularmente en lo que se refiere a los países de renta media?

Pienso que nuestra forma de entender la cooperación al desarrollo ha cambiado mucho últimamente. Hay hoy, en general, una visión más sobria, más humilde, acaso más sombría de lo que la cooperación internacional puede lograr. Hoy se entiende que sólo puede impactar el desarrollo en los márgenes dado que el desarrollo es un proceso endógeno, determinado por impulsos internos y por contingencias históricas. No hay infusión de fondos o de conocimiento desde fuera que sea capaz de generar el ingrediente más importante del desarrollo, a saber instituciones incluyentes, capaces de crear prosperidad compartida en forma sostenible, como lo muestran en un libro maravilloso, publicado recientemente, Daron Acemoglu y James Robinson.

Ahora bien, aun si asumimos ese punto de partida modesto y realista, hay muchas cosas que los países ricos pueden hacer si realmente quieren ayudar a los países en vías de desarrollo y, en especial, a los países de renta media. Pero no se trata simplemente de dedicar más plata a la cooperación oficial al desarrollo.

Bien está, por cierto, que los países de renta media utilicen su creciente influencia para recordarles a los países ricos los compromisos por ellos adquiridos soberana y solemnemente en tantos foros internacionales dedicados al tema de la cooperación al desarrollo, el foro de Monterrey de 2002, por ejemplo. Como porcentaje del Producto Nacional Bruto de los países desarrollados los flujos de Cooperación Oficial al Desarrollo son menores hoy que en 1980, y están aún muy por debajo del 0,7% asumido como objetivo deseable por la comunidad internacional, con las excepciones habituales de algunos pocos pequeños países del norte de Europa. Ciertamente es deseable intentar aumentar esos flujos de cooperación, pero tengamos claro que en la coyuntura actual eso es altamente improbable y que, en todo caso, si llegase a suceder, lo sería para beneficio de los países más pobres.

Me parece que mucho más importantes para los países de renta media son otras cosas que los países desarrollados pueden hacer y que no tienen que ver, en lo fundamental, con la transferencia de recursos. En primer lugar, los países desarrollados pueden aceptar —y los países de renta media deben demandar— que se modifiquen la integración y las reglas de gobierno de las instituciones internacionales de forma tal que reflejen mucho mejor las enormes transformaciones que están ocurriendo en el balance de poder en el mundo. El signo más visible de esas transformaciones es la aparición del G-20, que refleja mucho mejor que cualquier otro foro la realidad de la economía mundial. Mi impresión es que agrupaciones como el G-20 continuarán apareciendo en otros temas, como el cambio climático, por ejemplo. La razón es que las estructuras de las organizaciones formales creadas en los últimos sesenta años están mostrándose excesivamente rígidas y difíciles de reformar.

Necesitamos estructuras nuevas y más flexibles. En un mundo volátil, en el que todo cambia mucho más rápidamente que en el pasado, lo que resulta esencial no es si la integración de esas instituciones o de esos foros de coordinación es correcta, sino si es *corregible*. Lo que no podemos permitirnos en el futuro es algo como el P-5 del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, labrado en piedra y desprovisto de toda similitud con el mundo real. Así, pues, la aparición del G-20 es un aviso de lo que puede venir en el futuro, no sólo por el balance de poder que refleja sino por su naturaleza flexible y más bien informal. La globalización requiere de instituciones más a tono con los tiempos y, por ello, con mayores posibilidades de estar dotadas de legitimidad. Se me ocurre que hay pocas cosas más importantes que esta para los países de renta media.

En segundo lugar, los países de renta media y, en general, los países en vías de desarrollo, precisan de reglas de comercio internacional más honestas. Y esto lo dice alguien que está profundamente convencido de los beneficios del libre comercio y que tiene las heridas para mostrarlo. No es solo que la incapacidad de cerrar la Ronda de Doha le hace un daño grande al mundo en desarrollo y, en particular, a los países más pobres. Es más que eso. Para decirlo con franqueza, todo el discurso y la arquitectura del comercio internacional hieden a doble discurso e hipocresía. Cuando se trata del libre comercio, podemos tranquilamente parafrasear la célebre frase de George Orwell: “todos somos iguales pero hay unos más iguales que otros”.

A estas alturas todos sabemos que el comercio es más libre en aquellos sectores en los que los países desarrollados tienen aplastantes ventajas comparativas. Es por ello que hay mucha libertad de movimiento para el capital, pero muy poca para la mano de obra. Es por ello que no hay libre comercio cuando se trata de agricultura, que es exactamente la razón por la que la Ronda de Doha aún espera su clausura. Es por ello, por lo que los acuerdos de libre comercio casi siempre incluyen, de manera un tanto paradójica, reglas cada vez más restrictivas sobre la propiedad intelectual.

Todo esto le hace un flaco favor a la causa del libre comercio y la condena a vivir con un ojo abierto, siempre vulnerable a los ataques del virus proteccionista, usualmente letal para los más pobres. Ojalá algo de esto cambie ahora que hay una nueva autoridad al frente de la OMC, que justamente viene de un país de renta media.

En tercer lugar, urge revisar las reglas de protección de la propiedad intelectual. Una de las tendencias más perturbadoras en toda esta discusión es la extraña coexistencia del discurso de libre comercio con reglas verdaderamente draconianas con respecto a la propiedad intelectual. Esto es muy desafortunado, porque de todos los factores que importan en el desarrollo probablemente ninguno está más concentrado en pocas manos que la producción de conocimiento. De acuerdo con cifras de la Organización Mundial de la Propiedad Intelectual (WIPO), 89% de las patentes emitidas en todo el mundo en el año 2011 lo fueron en 10 países, de los cuales sólo China y México son países de renta media. El 54% del total fue emitido en Estados Unidos y Japón. No se necesita una bola de cristal para predecir que este fenómeno puede tener serios efectos en la perpetuación y en la expansión de las disparidades de ingreso entre países y regiones; como mínimo, esto aumenta drásticamente las posibilidades de que los países de renta media no puedan dar el salto a la economía del conocimiento, que más arriba describíamos como su reto fundamental.

Es imperativo que las reglas del Acuerdo sobre los Aspectos de los Derechos de Propiedad Intelectual relacionado con el Comercio (TRIPS por sus siglas en inglés) sean revisadas desde la base, particularmente a la luz de la crucial importancia de las transferencias de tecnología en la mitigación del cambio climático y en la adaptación a él. En este caso, se trata, en realidad, de un asunto de vida o muerte.

En cuarto lugar, es preciso estimular la creación de mecanismos de transferencia de conocimiento y buenas prácticas de política pública. Antes decíamos que es preciso que los países de renta media se atrevan a experimentar con sus políticas públicas. Es cada vez más claro que no hay un solo camino al desarrollo, como con elocuencia lo ha venido diciendo

desde hace tiempo Dani Rodric, el economista de la Universidad de Harvard. Compartir buenas prácticas es crucial para favorecer la innovación en las políticas públicas. Esto no tiene por qué ser solo un ejercicio vertical y jerárquico en el que los países en vías de desarrollo copian lo que han hecho los países ricos. Puede y debe ser, también, un ejercicio horizontal. Todos los países de renta media, casi por definición, por el hecho de tener estructuras institucionales más sofisticadas que los países de bajo ingreso, poseen experiencias exitosas de política pública que vale la pena diseminar. Hay que generar los espacios para diseminarlas y compartirlas.

Sólo para poner un ejemplo, justo ahora estamos en la Organización de Estados Americanos echando a andar el Mecanismo de Cooperación Inter-Americana para la Gestión Pública (MECIGEP), como un instrumento de diálogo e intercambio de experiencias en temas de gestión pública a escala hemisférica. Es un mecanismo voluntario, abierto a todos los países miembros de la OEA, modelado sobre la base de experiencias similares en la OECD, la Unión Africana y otros procesos de diálogo y evaluación inter-pares en la OEA y las Naciones Unidas. Los temas que serán considerados en sucesivas rondas de intercambio de información entre los países incluirán, entre muchos, las prácticas de evaluación de políticas y programas, los mecanismos de planificación de largo plazo, las reglas de servicio civil, las prácticas de coordinación inter-institucional, las avenidas de participación de la sociedad en la gestión pública y muchos otros. Esto permitirá intercambiar experiencias exitosas, generar oportunidades de aprendizaje entre los países participantes, e identificar áreas de cooperación técnica bilateral y multilateral para mejorar la administración pública en cada país. En muchos casos, esos proyectos de cooperación técnica serán apoyados financieramente por países desarrollados, en un típico esquema triangular. Esto es un ejemplo de la cooperación que creo les sirve más a los países de renta media, que en muchos casos es cooperación que ellos mismos pueden darse mutuamente. Y dicho sea de paso, este es también el espíritu de los proyectos que ONUDI busca promover como parte de su iniciativa de Redes para la Prosperidad (Networks for Prosperity).

Para terminar, no resisto la tentación de mencionar una quinta cosa que los países desarrollados pueden hacer, una sumamente sensible, pero crucial. No hay contorsión retórica que pueda justificar el hecho de que los países desarrollados hayan gastado casi \$1,1 trillón de dólares en sus aparatos militares en el año 2012, una cifra que es casi una cuarta parte mayor que una década atrás. Peor aún, esa cifra es más de ocho veces superior a sus desembolsos en Cooperación Oficial al Desarrollo. Con la mitad de esa cifra nos alcanzaría para dar una vida digna a cada persona de este planeta que no tiene sus necesidades básicas cubiertas y hasta nos sobraría para perfumar de sándalo las Cataratas del Niágara en una tarde de domingo, como alguna vez lo propuso Gabriel García Márquez. En el caso de los países desarrollados este es, desde mi perspectiva, el síntoma de un grave extravío moral en las prioridades de su política pública. Lo que es aún peor es que los países desarrollados también tienen una cuota de la responsabilidad en la forma en que muchos países en vías de desarrollo definen sus propias prioridades de política pública. La cifra, reiteradamente citada, que indica que casi el 90% de las ventas de armamento en la última década han sido realizadas por los cinco miembros permanentes del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, es el testimonio de algo casi equivalente a una conspiración global para dinamitar los esfuerzos en favor del desarrollo en muchas regiones del mundo. Reducir al gasto militar y controlar las transferencias internacionales de armas, algo más posible ahora que antes, es

esencial si los esfuerzos de los países ricos en pro del desarrollo han de mantener su consistencia moral.

Amigas y amigos:

Si hemos de tener una discusión constructiva y realista sobre el futuro de los países de renta media sospecho que nos conviene replantear algunas de las suposiciones que guiaron nuestros debates apenas pocos años atrás. Respetuosamente les propongo que tengamos en mente, a lo largo de los próximos días de intenso debate, las tres intuiciones que he intentado exponer aquí.

En primer lugar, que la crisis global cambió en algunos sentidos importantes los debates sobre el desarrollo y que nos ha legado una discusión más horizontal, más respetuosa, más abierta, más pluralista, con más espacio a la experimentación y al aprendizaje mutuo. En segundo lugar, que el reto fundamental de los países de renta media es crear las condiciones que les permitan vincularse definitivamente a la economía del conocimiento, y que ello requiere estimular la innovación en sus procesos productivos y en sus políticas públicas. En tercer lugar, que la cooperación para los países de renta media ya no es, en lo fundamental, un asunto de dinero, sino de cambios que adecuen las reglas del sistema internacional a la realidad, que insuflen de mayor coherencia y honestidad las acciones de los países desarrollados, y que generen mecanismos que permitan conocer y difundir la gran diversidad de prácticas que sostienen los procesos exitosos de desarrollo.

Es en este último sentido y sólo en este, que yo repetiría el llamado a las agencias y gobiernos de los países desarrollados para que no renuncien a estar presentes en los países de renta media. Hay una multitud de tareas pendientes de transferencia de conocimiento y una multitud de oportunidades de aprendizaje mutuo, como lo ha demostrado la crisis. Yo les pido que se queden, pero no tanto para que nos den plata, sino para que sean parte de esta conversación, para que ayuden a los países de renta media a experimentar con sus políticas públicas y también para que recojan para sí todas las innovaciones que se deriven de esos procesos.

A diferencia de como recuerdo la discusión del 2007, lo que estoy haciendo hoy no es un ruego a los países desarrollados, sino una invitación respetuosa a estar presentes en un diálogo permanente. Un diálogo que expanda las fronteras del conocimiento, que lo ponga solidariamente al servicio de la erradicación de la miseria y de todas las formas de opresión, que lo ponga al servicio del desarrollo, que no es otra cosa que la expansión de las libertades efectivamente disfrutadas por las personas. Un diálogo que haga posible que de este siglo XXI emerja finalmente una humanidad reconciliada.

Muchas gracias.